

LIBRO TERCERO.

Actitud de la Asamblea nacional.—Barnave se pasa al partido monárquico con Duport y los Lameth.—El lado derecho resuelve no mezclarse en nada en la Asamblea.—Discútese en la misma la evasión del rey.—La inviolabilidad de éste es reconocida.—Los clubs y la prensa precipitan la marcha de la revolución.—Hombres influyentes del periodismo: Loustalot, Camilo Desmoulins, Marat, Brissot.—Empieza el pueblo á pedir la abolición del trono y el establecimiento de la república.—Petición del Campo de Marte.—Lafayette y Bailly rechazan á los facciosos á viva fuerza.—Debilidad de la Asamblea.—Retratos de Condorcet, de Danton y de Brissot.

I

Nótanse en los pueblos, como en los individuos, ciertos instintos conservadores que les hacen detenerse aún en medio de la exaltación febril de las pasiones, y retroceder á la vista del abismo adonde poco ántes se encaminaban. Esta intermitencia de las pasiones humanas es corta y fugaz, pero da tiempo á que se verifiquen los sucesos, y proporciona ocasiones á los hombres de Estado. Estos saben aprovechar aquel momento para apoderarse del espíritu vacilante de los pueblos, con lo que consiguen hacerles retroceder cuando se han lanzado más allá de lo justo. La mañana del 26 de Junio de 1791 experimentó la Francia uno de esos arrepentimientos que salvan las naciones. Lo que le faltó fué un hombre de Estado.

Nunca había ofrecido la Asamblea nacional un aspecto más digno é imponente que en los cinco días que siguieron al de la fuga del rey. Parecía que, conociendo todo el peso que sobre ella gravitaba, no pensaba en otra cosa que en llevarlo con dignidad. Aceptó el poder sin tener la pretensión de usurparlo por más tiempo que el que conviniese á la dignidad del Estado. Cubrió con una ficción respetuosa la deserción del rey, llamó raptó á lo que era realmente una fuga, y tratando de buscar cómplices alrededor del trono, no vió en él sino su inviolabilidad. El hombre desapareció enteramente, para no ver en Luis XVI sino al jefe irresponsable de la nación. Estos tres meses pueden considerarse como un interregno, durante el cual el buen sentido público fué la sola Constitución del Estado. Ya no había rey, puesto que estaba prisionero y que se le había despojado de la sanción; tampoco había ley, porque la Constitución no estaba terminada, y mucho menos ministros, toda vez que el poder ejecutivo estaba suspenso; sin embargo, el imperio se mantiene en pié, obra, se organiza, y atiende á su defensa y conservación. Por un prodigio todavía mayor, se modera. Tiene en reserva en el fondo de un palacio la rueda principal de la Constitución, el trono: el día en que ha completado su obra, coloca de nuevo al rey en el solio, y le dice: «¡Ya estás libre: reina!»

II

Sólo una cosa deshonra aquel majestuoso interregno de la nación, y es el cautiverio momentáneo del rey y de su familia. Preciso es reconocer, sin embargo, que la nación tenía derecho para decir á su jefe: «Si quieres reinar sobre nosotros, no saldrás del reino, ni irás á llevar el cetro de Francia en medio de nuestros enemigos». En cuanto á las formas de la detención del rey en las Tullerías, también es forzoso convenir en que la Asamblea nacional no las había prescrito, y en que se había levantado indignada al oír pronunciar la palabra *prision*, porque ella no había tratado de ejercer sobre el rey sino una vigilancia saludable y aún necesaria en aquellas circunstancias. La odiosidad de esta vigilancia debe recaer sobre la guardia nacional y sobre el jefe superior de ella; jamás debe atribuirse á irreverencia por parte de la Asamblea. Lafayette, al guardar la persona del rey, guardaba una dinastía, su propia cabeza y la Constitución, teniendo á la vez en el rey un rehen de la república y del trono. Como gobernador de palacio, intimidaba á los realistas con tener al rey en su poder, é intimidaba igualmente á los republicanos. Luis XVI era su áncora de salvación.

Barnave y los Lameth guardaban en la Asamblea nacional la misma actitud que Lafayette fuera de ella. Necesitaban un rey para defenderse de sus enemigos, así como habían necesitado una república cuando existía un rival peligroso, Mirabeau, entre ellos y el trono. Muerto Mirabeau, y conmovido violentamente el solio, conocían aquellos hombres su impotencia contra el movimiento que ellos mismos habían impulsado, y sostenían aquellos restos de monarquía para hallar quien les sostuviese cuando tuviesen necesidad de apoyo. Fundadores de los Jacobinos, temblaban ante su obra, y querían guarecerse en una Constitución desvirtuada por ellos mismos, pasando del papel de destructores al de hombres de Estado. Para el buen desempeño del primero basta la violencia; para saber representar el segundo se necesita talento. Esta era la única prenda que adornaba á Barnave, que también tenía un alma generosa y grande. Los primeros excesos de su palabra en la tribuna deben achacarse al deseo que tuvo de saborear los aplausos del pueblo. Los que éste le prodigó fueron muy superiores á los que hubiera debido obtener por su mérito. Desde ahora en adelante ya no tenía que habérselas con Mirabeau, sino con la revolución, que se hallaba en toda su fuerza, y la envidia le derribaba del pedestal en que anteriormente le había colocado, para que compareciese tal como realmente era en sí.

III

Otro sentimiento más noble que el interés de su seguridad personal impelió á Barnave á adherirse al partido monárquico. Su corazón se había interesado ya en favor de la debilidad y de la belleza desgraciada, y nada es más peligroso para un hombre sensible que el entrar en trato con las personas á quienes ha combatido. La sensibilidad desarma la inteligencia, y la ternura ocupa el puesto que debía ocupar el raciocinio; los sentimientos del hombre conmovido llegan á ser muy en breve su única política.

Esto es lo que pasó en el alma de Barnave en el viaje de Varennes á Paris.

El interes que le habia inspirado la reina habia convertido al jóven republicano en partidario de aquella princesa, á quien no habia conocido hasta entónces sino bajo el odioso colorido que saben dar los partidos á las personas que aborrecen. Al acercarse á la reina habian desaparecido todas las prevenciones que contra ella tenia, y adoraba de cerca lo que de léjos habia calumniado. En el papel que la casualidad le hacia representar en el destino de aquella mujer habia cierta cosa inesperada y romántica á la par, capaz de deslumbrar su orgullosa imaginacion y de enternecer su corazon sensible. Jóven, oscuro y desconocido pocos meses ántes, era en el día hombre célebre y popular, colocado por una Asamblea soberana entre el pueblo y el rey, lo que en cierto modo le constituia en protector oficial de los mismos de quienes ántes era enemigo declarado. Las reales manos de Luis XVI estrechaban las suyas plebeyas en actitud suplicante, y la superioridad que tenian los Borbones sobre él, por la sangre ilustre que por sus venas corria, estaba compensada con la que le daban al hombre del pueblo el talento y su elocuencia. Cubria con su cuerpo para salvarles la vida á los que habian sido sus señores, y hasta su adhesion hácia ellos era un triunfo, porque la reina era quien la motivaba. Esta reina jóven, bella y majestuosa, aunque humanizada por el terror que sentia por la suerte de su marido y de sus hijos, imploraba llorosa con sus miradas la salvacion de aquellos objetos queridos, dirigiéndose á Barnave, primer orador de aquella Asamblea, que tenia en suspenso la suerte de la monarquía. Barnave era el favorito de aquel pueblo, cuyo furor contenia con un simple ademán ó con una mirada en aquel largo camino que se habia pasado entre el trono y la muerte. La reina ponía á su hijo sobre las rodillas de Barnave en aquellos momentos de agonia, y los dedos de éste jugaban con los rubios y sedosos cabellos del augusto niño. El rey, la reina y madama Isabel habian conocido perfectamente cuán distinto era Barnave del inflexible y amanerado Petion. Várias veces le habian hablado en el camino de lo crítico de su posicion, y se habian quejado de que les hubiesen engañado hasta entónces sobre el estado de la opinion pública en Francia. Adivinábase en sus palabras una especie de arrepentimiento y de tendencias constitucionales; y estas conversaciones, cuyo curso no era dado proseguir con libertad durante el viaje, ya por la presencia de los otros comisionados, ya por las miradas feroces del pueblo, se entablaban de nuevo furtivamente y con más intimidad en las horas de la noche destinadas al descanso de la familia real en los pueblos del tránsito. Allí convinieron en entablar una misteriosa correspondencia política y en verse en secreto en las Tullerías; de modo que Barnave, que habia salido de Paris republicano decidido, volvía á él convertido en acérrimo realista. La conferencia política que tuvo Mirabeau con la reina en medio de la oscuridad y en el silencio de la noche en Saint-Cloud, fué ambicionada por su rival. Necesario es hacer una gran diferencia entre estos dos hombres. El primero se vendió, y Barnave se entregó generosamente. Con cartuchos de oro se compró al gran genio; una sola mirada fué suficiente para seducir al hombre de corazon.

IV

Barnave halló á sus amigos Duport y los Lameth en las disposiciones más favorables respecto á la monarquía, pero por otros motivos muy distintos de los que

en él obraban. Este triunvirato se entendia con las Tullerías, en donde los Lameth y Duport vieron várias veces al rey. Barnave, que en los primeros dias no se atrevia á ir á palacio, fué despues á él secretamente, aunque cubriéndolo estas entrevistas con las más exquisitas precauciones. Algunas veces pasaban el rey y la reina horas enteras esperando al jóven orador en un gabinetito del piso bajo de palacio, con la mano puesta en el picaporte de la puerta para abrirle sin ser sentidos en cuanto oyesen el ruido de sus pasos. Cuando era enteramente imposible que estas entrevistas se verificasen, Barnave escribia á la reina. Este hombre contaba mucho con la influencia de su partido en la Asamblea, porque graduaba la potencia de las opiniones por el talento de los que estaban encargados de expresarlas. La reina dudaba del buen éxito de su empresa, pero Barnave la animaba con sus cartas. «Tranquilizaos, señora, —decia en ellas;— cierto es que nuestra bandera está hecha trizas, pero aún se lee en ella la palabra *Constitucion*. Esta palabra volverá á recobrar su fuerza y su prestigio si el rey se une sinceramente á ella, y los amigos de la Constitucion, convencidos y desengañados de sus errores, aún pueden afianzarla y devolverla su primitivo esplendor. Los jacobinos horrorizan con sus tendencias, y los emigrados amenazan la nacionalidad. No temais á los primeros, ni confieis en los segundos. Lanzaos francamente en brazos del partido verdaderamente nacional, que todavía existe. ¿No subió Enrique IV al trono de una nacion católica, á pesar de hallarse á la cabeza del partido protestante?» La reina seguía de buena fe estos tardíos consejos, y consultaba con Barnave todos los pasos que daba, así como todas las correspondencias con los países extranjeros. Nada queria hacer ni decir aquella señora que pudiese contrariar los planes concebidos por Barnave para la restauracion del poder real. «Un sentimiento de legitimo orgullo, —decia la reina hablando de él,— sentimiento que no puedo vituperar en un jóven de talento que ha nacido en la oscuridad, le hace desear una revolucion que le abra el camino de la gloria y del poder. Su corazon, sin embargo, es leal, y si recuperamos alguna vez nuestro antiguo poder, el perdon de Barnave se halla ya escrito de antemano en nuestros corazones.» Madama Isabel pensaba del mismo modo con respecto á aquel hombre. Estas tres personas, que siempre habian sido vencidas, habian concluido por creer que no habia fuerza para volver á ensalzar la monarquía sino en los mismos hombres que la habian derribado. Esta supersticion era la de la fatalidad, porque casi les inclinaba á adorar aquel poder revolucionario que no habian podido domar.

V

Los primeros actos del rey se resintieron mucho de estas inspiraciones de los Lameth y de Barnave, y fueron muy perjudiciales á su dignidad. La respuesta que dió á los comisionados de la Asamblea encargados de interrogarle sobre el suceso de 21 de Junio era, por su mala fe, más á propósito para excitar la risa que para inclinar á la indulgencia á sus enemigos.

«Introducidos en el cuarto del rey, y habiéndonos quedado solos con él, —dicen los comisionados,— ha prestado la declaracion siguiente: «Los motivos de mi fuga son los insultos que he recibido el 18 de Abril, al querer trasladarme á Saint-Cloud. Como estos insultos quedaron impunes, creí que no era decente perma-

»necer en Paris, en donde ya no podia haber seguridad para mí. No pudiendo
 »marchar públicamente, resolví hacerlo de noche y sin ningun acompañamiento;
 »pero jamás fué mi intencion extrañarme del reino. No he estado de inteligencia
 »para hacerlo, ni con las potencias extranjeras, ni con los principes emigrados de
 »mi familia. Mi residencia iba á ser en Montmedy, donde estaban ya dispuestas las
 »habitaciones que debia ocupar; y si escogí aquella plaza fronteriza para retirarme,
 »fué porque desde allí podia oponerme mejor á toda especie de invasion. En mi
 »viaje he tenido ocasion de conocer que la opinion pública estaba en favor de la
 »Constitucion, y en el momento que he conocido la voluntad general de la nacion,
 »no he vacilado, como no he vacilado nunca, en hacer el sacrificio de lo que me es
 »personal por la felicidad pública».

»La reina dió su declaracion en estos términos: «Habiendo conocido que el rey
 »estaba decidido á partir acompañado de sus hijos, declaro que nada en este mundo
 »hubiese sido capaz de impedir que yo le siguiese. Bastantes pruebas tengo dadas
 »en estos dos últimos años de que jamás le abandonaré.»

No contenta la opinion pública con haberse entrometido á averiguar las circunstancias de la fuga del rey, quiso mezclarse en negocios puramente del dominio paternal, y que la Asamblea nombrase un ayo para el Delfin. El escrutinio general verificado con este objeto dió noventa y dos hombres, todos oscuros, que sólo sirvieron á excitar la hilaridad general. Ahorrósele entónces este insulto al padre y al rey. El ayo nombrado más tarde por Luis XVI, fué Mr. de Fleurieu; pero no llegó á desempeñar sus funciones. El desgraciado niño estaba destinado, aunque heredero de un grande imperio, á no tener más ayo que un carcelero.

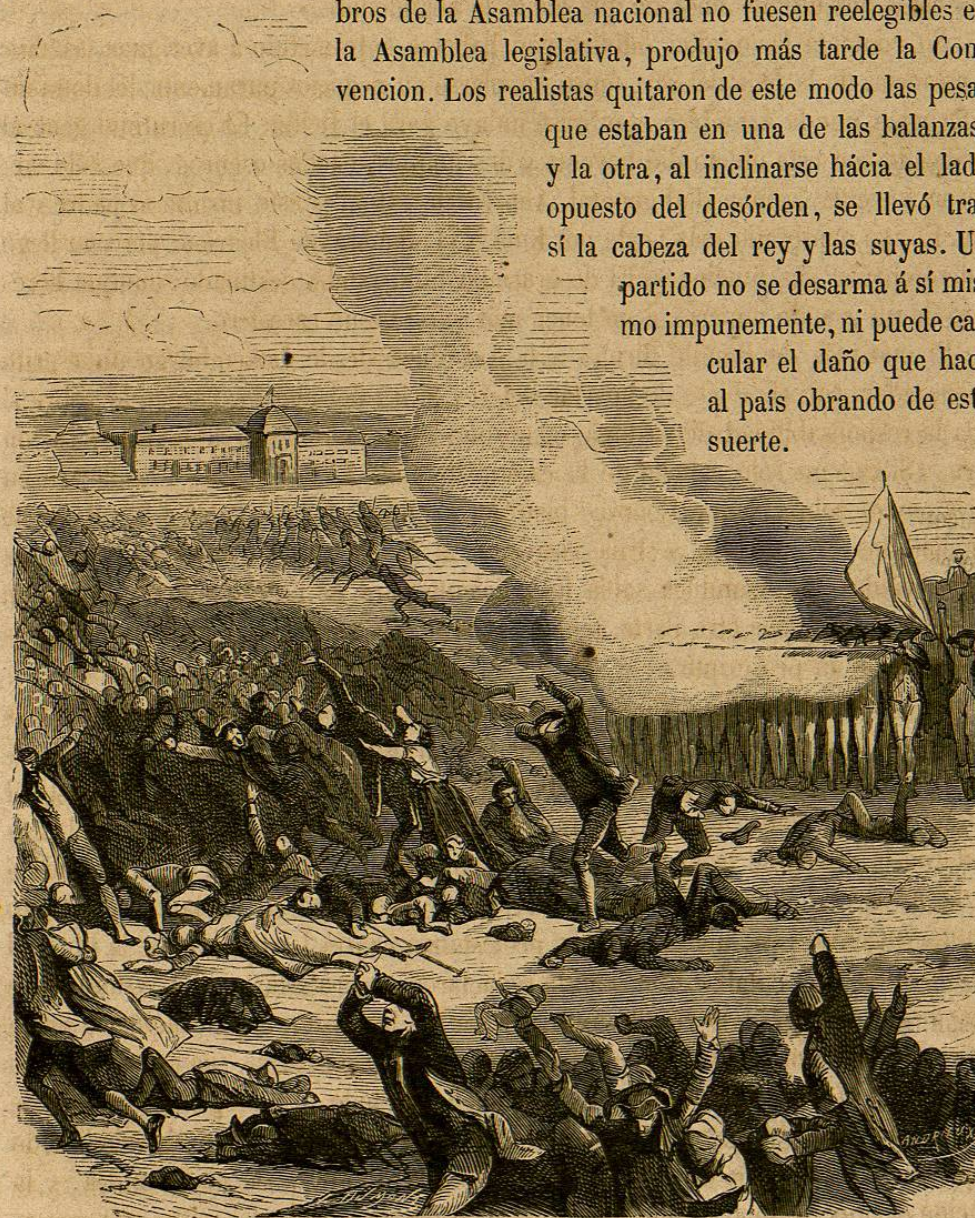
El marqués de Bouillé dirigió á la Asamblea desde Luxemburgo un escrito amenazador, con el objeto de apartar del rey la ira del pueblo, cargando sobre sí toda la responsabilidad de su fuga, como que había sido efecto de una inspiracion suya. «Si cae un solo cabello de la cabeza de Luis XVI,—decia,—no dejaré en Paris piedra sobre piedra. Conozco bien los caminos, y me pondré á la cabeza de los ejércitos extranjeros...» Una risa general fué la única contestacion á estas fanfarronadas. La Asamblea sabía lo suficiente para no necesitar aconsejarse con Mr. de Bouillé, y por otra parte, tenia mucha fuerza para que le hiciesen mella las amenazas de un proscripto.

Mr. de Cazales habia dado su dimision para *ir á combatir*. Los miembros más distinguidos del lado derecho, entre los cuales eran los más célebres Maury, Montlosier, el abate de Montesquiou, el abate de Pradt, Virieu, y otros varios hasta el número de doscientos noventa, adoptaron una resolucion funesta, con la cual precipitaron la caida del trono y perdieron al rey, so pretexto de un culto sagrado á la dignidad real. Esta resolucion fué la de no mezclarse en adelante en ningun asunto, queriendo dar á entender que protestaban contra la violacion de la libertad y de la autoridad real. En este sentido redactaron su protesta; pero la Asamblea se negó á oirla, porque veia en ella una violacion de la mision de que aquellos hombres estaban encargados por sus conciudadanos. Sin embargo, sus autores la imprimieron y la hicieron circular con profusion por todo el reino. Los términos de su redaccion eran los siguientes: «Los decretos de la Asamblea han absorbido todo el poder real. El sello del Estado se halla sobre la mesa de la Asamblea, y la sancion del rey es nula; el nombre de S. M. ha desaparecido del juramento que se

presta á la ley, y los comisionados van á llevar directamente las órdenes de las comisiones al ejército. El rey se halla cautivo, y una república provisional ocupa el interregno. Léjos de nosotros la idea de ser partícipes de semejantes actos. Nunca consentiríamos ni aún en ser testigos de ellos, si no tuviésemos el deber sagrado de velar por la persona del rey. No tratándose de esto, guardaremos el más profundo silencio, y este silencio será la única expresion de nuestra constante oposicion á todos vuestros actos».

Estas palabras eran la abdicacion de un partido en masa, porque todo partido que huye de tomar parte en los negocios públicos abdica y hasta cierto punto comete un crimen, faltando á la confianza que en él han depositado sus comitentes. Esta mal entendida fidelidad obtuvo los aplausos de la nobleza y el clero, pero fué vituperada por los hombres políticos. Abandonando en su lucha contra los jacobinos á Barnave y á los demas monárquico-constitucionales, dió el triunfo á Robespierre, y robusteciendo con sus votos la proposicion de éste para que los miembros de la Asamblea nacional no fuesen reelegibles en la Asamblea legislativa, produjo más tarde la Convencion. Los realistas quitaron de este modo las pesas

que estaban en una de las balanzas, y la otra, al inclinarse hácia el lado opuesto del desórden, se llevó tras sí la cabeza del rey y las suyas. Un partido no se desarma á sí mismo impunemente, ni puede calcular el daño que hace al país obrando de esta suerte.



Bailly dió orden de dispersar al pueblo por la fuerza.—Pág. 101.